

TRADICION Y MODERNIDAD EN «EL CRITICON» DE GRACIAN

Así como un *Jano bifrons*, la época barroca parece mirar en dos sentidos, si no opuestos, al menos bastante divergentes: de un lado, hacia la tradición greco-latina, medieval y renacentista de la ardiente piedad judeo-cristiana, con una confiada espera del más-allá; de otro lado, hacia un ansia creciente de este bajo mundo, en todos sus aspectos, y una primacía del antropocentrismo y de la acción temporal. En pocas palabras, el pasado y la modernidad parecen coexistir dentro del alma barroca. Según la justa opinión de Jorge Ayala ['Reflejo y reflexión. B. Gracián, un pensador universal' en *Cuadernos salmantinos de filosofía* VI (1979), 318], «durante el siglo XVII se produce un nuevo cambio de óptica: se renuncia al conocimiento esencial de las cosas, para aplicarse sólo al conocimiento del orden regular de los fenómenos de las cosas, con vistas a dominarlas». El caso más impresionante de esta ambigüedad es el de Gracián, sobre todo en su obra maestra, *El Criticón*, ese libro extraordinario cuya fama es casi tan grande como la del *Quijote*, y que ha sido estudiado por innumerables eruditos, desde Coster y Romera-Navarro, por ejemplo, a Rouveyre, Bouillier, Battlori, Correa Calderón, Pelegrín, Michèle Gendreau-Massaloux, J. A. Maravall, Cl. Rosset, F. Gambín, Armisen, etc..., sin hablar de Schopenhauer y Nietzsche.

Querría aquí, en esos sencillos *marginalia*, señalar algunos aspectos de la ambivalencia que entraña la obra inmortal del pensador aragonés, fuente inagotable de moralistas ulteriores como La Rochefoucauld, La Bruyère, Madame de Sablé, Saint-Simon, le Chevalier de Méré, Chamfort, etc...

Analícemos, en primer lugar, en el *Criticón*, la herencia católica romana de más de dieciséis siglos. A pesar de la independencia mental de Gracián en su existencia tan compleja y a despecho de las sospechas de que fue objeto por parte de sus superiores y cofrades de la Compañía de Jesús, es indudable (pese a Clément Rosset y otros comentaristas) su fe auténtica, atestiguada *inter alia*, por una gran espiritualidad en el *Comulgatorio* y por la rectitud de sus costumbres eclesiásticas. Por cierto, algunas facetas de sus diversas obras son un poco equívocas y conceden al juego, sea al diletantismo, bastante indulgencia; pero todo agnosticismo y menos aún todo nihilismo le son completamente ajenos. Más aún, su visión muy sombría de la existencia humana se queda dentro de la línea de todos los teólogos; cada